

EL PEQUEÑO HALCÓN

Un granjero amigo mío, en su propiedad de Mas Enric, tenía un palomar, ya que era un gran aficionado a las palomas. Se pasaba sus horas de ocio hablando y jugando, porque habían aprendido a picotear por la era y a volar por los alrededores sin escapar.



Un buen día, mi amigo, llamado Enric, fue al mercado, al del pueblo cercano, donde era una vez por semana. Venían los campesinos de los alrededores y se podía comprar todo tipo de productos de la huerta y aves de corral.

A la vuelta, ¡estaba muy contento! Había comprado un pequeño halcón, que apenas se aguantaba de pie. Pensó que lo criaría y luego podría ganar dinero vendiéndolo en la ciudad. Los ayuntamientos los compran para que acaben con las palomas, que parece que ensucian demasiadas calles y plazas. Pensó que, como era tan pequeño, podía tenerle un tiempo, entre las palomas, sin peligro. Así el pequeño halcón se encontró con unos amigos diferentes de él, y, aunque le veían un extraño, le apoyaban y convivían en amistad y volaban juntos.

Pero el halcón creció y mi amigo lo retiró del grupo. Tenía miedo de que se despertara su instinto natural e hiciera un destrozo.

Quedó encerrado en una jaula y miraba con pena a sus compañeros de granja y de juego durante un buen tiempo.

Las palomas se acercaban a la jaula como si quisieran hacerle compañía, y él nunca sintió el deseo de atacarles. Eran desde siempre sus amigas.

Un buen día, Enric decidió que había llegado el momento de vender el halcón al Ayuntamiento. Había leído en el diario local que querían iniciar una campaña contra las palomas de las plazas y jardines. Ahora era el momento.

Cogió la cesta donde tenía la jaula y depositó el halcón.

Las palomas, desde su palomar, vieron su partida y empezaron todas juntas su sonido tan peculiar, como dándole un adiós de despedida, lamentando la marcha. Y Tanto fue así que, incluso Enric, quedó impresionado.

Llegados a la ciudad y después de hacer tratos por el precio, nuestro halcón pasó a otras manos, o mejor dicho, a otra jaula.



El día propuesto por el Ayuntamiento dejaron volar la docena de halcones que tenían preparados, entre ellos nuestro amigo, con la consigna de atacar a las palomas. Esto le impresionó. Pensaba: “¿Cómo puedo atacarles si son compañeras de raza de mis amigas de la granja?”. Sería una traición demasiado grande. Yo no puedo”. Por otro lado, sabía que si veían que no les atacaba lo exterminarían con un disparo, pues había oído los guardas municipales encargados de la campaña, que comentaban: “El que no

ataque y estorbe, lo aniquilamos con un disparo; después diremos que ha sido un accidente”.

Sin pensárselo más, nuestro amigo prefirió la muerte a un acto -según él- de cobardía, pero intentó hacer algo heroico: intentar avisar a sus amigas del peligro de sus congéneres. Hizo un gran esfuerzo y abriendo las alas remontó el vuelo, en sentido contrario de allí donde estaban las palomas que tenía que atacar.

-“¡Mira!, un halcón que huye”, gritó un guarda.

-“¡Bang!”, un disparo resonó en el espacio, pero por suerte erró la puntería y nuestro buen halcón huyó. Ahora empezaba para él una nueva aventura.

Se adentró por el bosque sobrevolando todo el pinar, en busca de la masía de Enric, pero, como había venido tapado en una cesta jaula y dentro del coche, no pudo orientarse. Y se hizo de noche sin que lo encontrara.

Por la mañana levantó de nuevo el vuelo, y empezó a ir a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo y nada... Estaba agotado. Iba picoteando lo que encontraba entre las hojas secas de pino y recordaba el pienso y el grano de los comederos de Enric.

De repente, el cielo se oscureció a pleno día. Empezó una fuerte tormenta. Refugiado bajo un árbol iba pasando por su cabeza la idea de dejarlo correr y marcharse por su cuenta a vivir en libertad, sin más problemas que volar y picotear otros insectos o pájaros que encontrara. Una cosa tenía clara: nunca atacaría palomas; su estimación por sus compañeras de niñez era muy fuerte y pudo más que su conveniencia. Tenía que encontrarlas, quizás ellas podrían avisar a otras palomas y algunas se salvarían.

Siguió volando y buscando, y cuando por suerte distinguió el tejado de la masía que buscaba, tuvo la mala fortuna de quedar enganchado en una rama de un pino de los más altos del bosque. Había perdido por un momento el control del vuelo, al ver lo que más deseaba, el tejado de Mas Enric, y lo pagó enganchándose. Pero la fuerza de su cariño era mayor que todo lo que le iba pasando. Y arrastrando el ala, sin poder volar, llegó al pie del palomar de la masía.

Sus amigos le vieron en ese estado lamentable y le condujeron detrás de un arbusto. Con su pico le trajeron pequeños insectos para rehacer las fuerzas y le preguntaron qué le había pasado. El halcón, que había aprendido su lenguaje muy bien, al convivir con ellos, les explicó el hecho y les pidió que intentasen volar a la ciudad, que no estaba muy lejos, para avisar a las demás palomas, que huyeran, pues el exterminio iría siendo periódico.

Enric no supo nada, hasta que pasados unos días lo intuyó. Cada día una pareja de palomas se marchaba durante unas horas... ¿Dónde... ¿Por qué?... Lo adivina, ¿verdad?... A avisar del peligro a todas las palomas de la ciudad, que fueron adentrándose en el bosque, salvando así su vida.

Nuestro halcón vivió todavía unos días al pie de esos matorrales alimentado por el grano que le traían sus amigos, agradecidos; pero un buen día, todo el cielo alrededor de la masía de Enric se llenó de palomas. Muchos, muchos, incontables... ¿Qué sucedía?... Era el adiós agradecido a un buen amigo que, siendo un enemigo nato, fue capaz de entregar su vida por unas palomas de las que se había hecho amigo, y que demostraron, uno y otras, que la verdadera amistad no conoce barreras...



Nadie ama más que quien es capaz de dar la vida por los demás...

¡¡Aprendamos la lección!!...

M. Llopart